

VIAJEROS MUSULMANES: ORIGEN Y DESMITIFICACIÓN DE CREENCIAS MEDIEVALES

Dolors Bramon Planas
Universitat de Barcelona

RESUMEN

A partir del siglo VIII, el dinamismo del tráfico marítimo de los mercaderes musulmanes propició el surgimiento de una serie de géneros literarios que daban cuenta de las expediciones y hallazgos de los viajeros: los llamados relatos de maravillas. Asimismo, la práctica de la peregrinación dio lugar a otra serie de tratados, que incluían motivos mitológicos, a la vez que incorporaban información fidedigna, como la cartográfica. Este artículo glosa las figuras más relevantes en los diversos tipos de relatos y dedica especial atención al motivo del pájaro *rukhh*.

PALABRAS CLAVE: viaje, peregrinación, relatos de maravillas, relato de peregrino, diccionarios biográficos.

ABSTRACT

The activity of the maritime traffic carried out by Muslim merchants since the eighth-century fostered the rise of literary genres that accounted for the expeditions and findings of these travellers: the so called «wonderful accounts». The practice of pilgrimage, on the other hand, also explains the emergence of a series of treatises which included not only mythological motives but also reliable information, such as cartographic elements. This article deals with the most relevant authors of these different accounts and gives special attention to the motive of the *rukhh* bird.

KEY WORDS: voyage, pilgrimage, wonderful accounts, pilgrimage accounts, biographic dictionaries.

INTRODUCCIÓN

Como es sabido, entre los años 610 y 632 fue predicada en la Península de Arabia una nueva manera de entender y servir a Dios que constituyó la religión monoteísta llamada islam. Sus seguidores iniciaron una rápida expansión territorial y constituyeron un imperio que, a principios del siglo VIII, se extendía desde el océano Atlántico hasta el Índico y que comprendía todo el norte de África y la Península Ibérica hasta más allá del Pirineo, al oeste, y el Próximo Oriente, el antiguo imperio Persa, Transoxiana, Afganistán, el Turquestán chino, el Sind y el Panjab,



al este. Al mismo tiempo, una activa cadena de mercaderes, sobre todo árabes y persas, ponía en marcha un floreciente tráfico marítimo que partía del golfo Pérsico y que bordeando la costa occidental de India, llegaba a las islas de la Sonda, Java y Sumatra. Consta también la existencia, a mediados del siglo VIII, de una colonia de mercaderes musulmanes establecidos en Cantón (el actual Kuang-chou o Guangzhou, en China) y la ampliación de esta actividad mercantil a las costas orientales africanas (Somalia, Zanzíbar, Madagascar, etc.) a partir del siglo X. A través del establecimiento de rutas caravaneras que unían los territorios del Magreb con el África subsahariana se llegó a las cuencas del Níger y del Senegal y, de allí, a las ricas poblaciones de Songhai, Gao y Timbuktú y al reino mandingo de Malí, a principios del siglo XIV.

Otra muestra de la actuación de estas redes comerciales islámicas la constituye la islamización del archipiélago de Indonesia, debida a la penetración pacífica de comerciantes y predicadores musulmanes, tal como consignó Marco Polo cuando pasó allí una temporada de regreso de China alrededor del año 1302. Toda esta actividad viajera, comerciante y misionera generó un interés por las tierras lejanas situadas fuera de los territorios del islam y por el conocimiento de sus curiosidades. Este interés quedó plasmado de forma escrita a partir del siglo X.

1. LOS RECOPIADORES DE *‘AJĀ’IB* O DE RELATOS DE MARAVILLAS

Siguiendo la tradición clásica helenística, pero muy influenciados por el pensamiento bíblico que se encuentra en la génesis de la religión de los musulmanes, algunos viajeros árabe-islámicos desarrollaron una literatura llamada de *‘ajā’ib* con un contenido y un espíritu muy similar al de las colecciones de *mirabilia* de la cristiandad. Estos relatos de las maravillas de los tres reinos de la Creación y de diversos fenómenos atmosféricos tienen un representante muy primerizo en el navegante persa Buzurg ibn Shahriyâr, que vivió en la primera mitad del siglo X. Bajo el título de *Kitâb ‘ajâ’ib al-Hind* o *Libro de las maravillas de India*, escrito en árabe, reunió 134 historias breves conservadas o protagonizadas por marinos y comerciantes que navegaban por los mares de India y de China. A pesar de su antigüedad, las narraciones del capitán Buzurg, que han sido calificadas de «verdadero calidoscopio Salgariano» (Gabrielli, 1975), tienen un indudable valor documental; pero pronto este género fue desplazado por la producción de geógrafos que escribieron con intencionalidad más científica o quedó superado por obras de otros viajeros posteriores que redactaron sus vivencias en un marco de creación literaria propiamente dicha.

Uno de los autores más característicos de la literatura de maravillas en la época medieval fue, sin duda, Abû Hâmîd al-Garnâtî, nacido en Granada en el año 1080. En 1117 salió de Alandalús¹ hacia el Magreb, desde donde embarcó hacia

¹ Se da este nombre al territorio de la antigua *Hispania* incorporado a partir del año 711 al dominio islámico. Su superficie fue variable según el momento cronológico que se considere y su

Alejandro y se estableció, sucesivamente, en El Cairo (1119), Damasco (de 1122 hasta 1124) y en Bagdad, donde permaneció cuatro años. En 1130 se encontraba en Abhar (actual Irán) y a partir del año siguiente vivió en Sajsín (cerca de la desembocadura del Volga) hasta que se trasladó a la actual Hungría y permaneció allí hasta 1153, año en que regresó a Sajsín, donde había dejado a sus hijos, mujeres y concubinas. En 1154 abandonó el Volga y fue al Khwarizm y de allí, pasando por Bukhârâ, Merv, Nîsâpûr, Isfahán, Basora y Bagdad, viajó a la Península de Arabia para realizar el peregrinaje a La Meca. De nuevo en Bagdad (1155-61), partió después hacia Mosul, desde donde viajó (1165) a la actual Siria y vivió primero en Alepo y finalmente en Damasco, donde murió nonagenario en el año 1170.

Durante su segunda estancia en Bagdad escribió el *Kitâb al-Mu'rib 'an ba'd 'ajâ'ib al-Magrib* o *Elogio de las maravillas de Occidente* y, en Mosul, su *Regalo a los intelectos* (*Tuhfat al-albâb wa-nukhbat al-'ajab*), donde trata básicamente de cosmología, cosmografía y astronomía. Ambas obras, llenas de noticias históricas, de fragmentos en verso de un valor más que aceptable, de anécdotas de sus viajes y de algunos relatos de «maravillas», constituyen un conjunto muy desigual. Incluye pretendidas maravillas cuyo conocimiento hoy no tiene nada de extraordinario, como la descripción de las madrigueras que construyen los castores en los ríos (Bramon, 1989), la primera noticia conocida del consumo del caviar² o la de una especie de esquís sobre los que se desplazan los que viven en lugares nevados³. Aunque gracias al *Diccionario Geográfico* de Yâqût (m. 1229)⁴ ya conocíamos algunos fragmentos de la obra de Ibn Fadlân, quien en el año 921 encabezó una embajada del califa al-Muqtadir de Bagdad al soberano de los bulgâr del Volga, el relato del paso de Abû Hâmid al norte de Rusia y a las tierras euroasiáticas ha convertido a este viajero infatigable y a este hombre «de un nivel intelectual mediocre y curioso por los *mirabilia*... en uno de los más importantes transmisores a la ciencia moderna de datos geográficos y etnográficos relativos a los pueblos de la Europa oriental y septentrional en los siglos más oscuros» (Gabrielli, 1975).

Entre los continuadores de la obra de Abû Hâmid destacan el andalusí al-Zuhrî, que entre los años 1154 y 1160 concluyó una *Geografía* de la que también se

existencia perduró hasta la conquista cristiana del reino de Granada, en 1492. Todo lo referido a este período recibe y ha de recibir el calificativo de andalusí.

² Describe el esturión como un pez «sin espinas en la cabeza y sin dientes» y que sabe a «muslo de cordero relleno de carne de gallina y que incluso tiene mejor sabor». Añade que de su vientre se extrae grasa suficiente para iluminarse durante todo un mes y que de su estómago salen hueveras que se conservan secas al sol y que constituyen «la mejor conserva del mundo, de color rojizo como el ámbar, que se come con pan sin necesidad de cocerla ni de freírla» (ed. DUBLER, pp. 13-14).

³ Abû Hâmid dibuja uno en el manuscrito de la *Tuhfab* (ed. DUBLER, p. 17), así como también reproduce en *al-Mu'rib* un esquema del faro de Alejandría (ed. BEJARANO, p. 158) y otras curiosidades.

⁴ Se trata de un griego de Asia Menor, esclavizado en su infancia, islamizado y arabizado, y autor de una enciclopedia geográfica universal en forma de diccionario titulada *Mu'jam al-buldân* (*Diccionario de los países*), cuya redacción terminó en el año 1224.



ha conservado una traducción castellana medieval (Bramon, 1991), y el oriental al-Qazwîni (m. 1283), que dividió su obra en dos partes tituladas, respectivamente, *Kitâb ‘ajâ’ib al-makhlûqât* (*Libro de las maravillas de la creación*) y *Kitâb âthâr al-buldân* o *Libro de los monumentos de los países*. Ambos autores han conservado noticias fidedignas del ecúmene mezcladas con otras fantásticas, muy influidas por la cosmografía y la cosmogonía populares.

En el marco de la literatura popular, hay que citar también el conjunto de narraciones de viajes que forman parte de las *Mil y Una Noches*, en especial el ciclo de Sindbad el Marino, introducido en el siglo XIII y que constituye, según Dubler, una adaptación literaria de los famosos relatos del ya mencionado marino Buzurg.

2. EL VIAJE POR ANTONOMASIA: LA PEREGRINACIÓN (HAJJ)

En el mundo del islam se realiza un viaje específico que constituye el quinto pilar de esta religión. Se fundamenta en el fragmento del Corán (3, 91/97) que dice: «Dios [ha impuesto] a los hombres el deber de la peregrinación a la Ka‘bah para todo aquel que pueda conseguir un sistema de hacerla». Este precepto estipula la obligación de todo fiel adulto, sano de mente y de cuerpo y con posibilidades económicas, de viajar a La Meca al menos una vez en la vida. Otras citas coránicas (2, 153/158 y 185/189; 5, 2 y 96/95-98/97; 9, 19; 22, 25-38/37 y 48, 27) detallan los ritos y las diversas ceremonias que hay que realizar entre los días 7 y 13 del último mes de la hégira o calendario islámico en los cuales tiene lugar el peregrinaje propiamente dicho⁵.

Su objetivo fundamental era y es la visita a la gran mezquita de La Meca, en cuyo patio se halla la Ka‘bah. Según los musulmanes, fue el primer templo dedicado a la adoración del Dios Único y se cree que Abraham e Ismael pusieron sus fundamentos (Corán 2, 121/127). Se trata de una edificación de forma cúbica y sin techo construida con piedra gris, que albergaba en tiempos preislámicos los símbolos de las diversas divinidades veneradas por los árabes y que fueron destruidos por el profeta del islam cuando implantó el monoteísmo en La Meca. En el ángulo oriental (y a una altura de 1,40 metros del suelo) se encuentra la llamada Piedra Negra, que es una roca basáltica venerada especialmente por los creyentes. El territorio de La Meca es considerado sagrado y prohibido a los que no estén en el estado de purificación especial que requiere el lugar; por tanto, siempre es un territorio absolutamente vedado a los no musulmanes. Los peregrinos (que al volver del peregrinaje reciben el título honorífico de *hâjj*, fem. *hâjjah*) acostumbran y acostumbran a continuar su viaje hasta Medina, donde se encuentran las tumbas de

⁵ Existe también un peregrinaje menor (*‘umrah*) que suele hacerse los primeros días del mes y que se puede repetir por devoción en cualquier época del año.



Muhammad y de algunos de los primeros musulmanes. También es y era costumbre continuar el viaje hasta Jerusalén, la tercera de las ciudades consideradas santas por el islam.

3. LOS PEREGRINOS MEDIEVALES

Es obvio que el traslado a La Meca comportaba graves dificultades. Como se ha podido deducir de la cita coránica reproducida al principio, el texto sagrado obliga únicamente a los creyentes que tienen posibilidad de llevarlo a cabo y no debe pensarse que su cumplimiento haya sido general⁶. A diferencia de los otros cuatro pilares del islam, éste puede delegarse y así se observa en los formularios notariales que recogen diversas modalidades de contratos relacionados con el alquiler de peregrinos. Un buen ejemplo lo constituye el del notario y alfaquí Ibn al-Attâr de Córdoba (m. 1009) que recoge 12 modelos cuyo contenido permite observar la complicada casuística elaborada para que el que alquila pueda tener la absoluta seguridad de que su sustituto cumplirá en su nombre (Chalmeta & Marugán, 2000: 689-738)⁷.

Al margen de la información proporcionada por los formularios notariales⁸, la cultura árabe medieval cultivó un género literario que resulta especialmente útil cuando se intenta evaluar el número de musulmanes que consiguieron viajar a los lugares más emblemáticos de su fe. Se trata de los *Diccionarios Biográficos*, obras que se pueden considerar como un *Who's Who avant la lettre* de los personajes más importantes del mundo islámico medieval. Los que figuran en ellos —mayoritariamente hombres— pertenecían sobre todo a los ámbitos de la política y de la cultura y en sus biografías se consigna su ida a La Meca y/o más allá de esta ciudad, si así lo hicieron.

El análisis de dichas obras ha permitido establecer que hasta el siglo XI cumplieron con el deber de la peregrinación un 50% de los andalusíes (Vernet, 1950). Así mismo, a partir de las mismas fuentes se ha podido cifrar en 117 el número de peregrinos originarios del territorio que actualmente constituye, *grosso modo*, Cataluña entre los años 800 y 1250. Los sitios de procedencia fueron Chía, Lérida,

⁶ Esta afirmación es tan válida en época medieval como en la actualidad. Ahora el viaje resulta mucho más factible, pero se han acentuado, entre otros, los problemas sanitarios y el del tráfico de personas y de vehículos que se genera en tan poco tiempo y espacio. Por este motivo el actual gobierno saudí limita el número a unos dos millones y medio de personas anuales.

⁷ No consta que ninguno de los emires ni de los califas de Córdoba fuera a La Meca y en este sentido el gran historiador andalusí Isà al-Râzî (el «Moro Rasis», de las traducciones castellana y portuguesa de su *Crónica*) dejó escrito que poco antes del año 884 «su abuelo Muhammad al-Râzî, para agradecer la benevolencia del emir Muhammad, peregrinó en su lugar».

⁸ Disponemos de diversos ejemplares, tanto orientales como occidentales. El de Ibn al-Attâr, que viajó a La Meca en el año 990, contiene, según los expertos, la mejor descripción de los ritos del peregrinaje.

Balaguer, La Granja de Escarp, Siurana de Prades, Tortosa, Cervera y Cambrils (Ballestín, 1994).

4. EL VIAJE EN BUSCA DEL CONOCIMIENTO

Siguiendo las recomendaciones del propio Profeta que, según la tradición, habría aconsejado a los musulmanes que «buscasen el conocimiento aunque tuvieran que ir hasta China» y que habría añadido que «la tinta de los sabios es mucho más preciada que la sangre de los mártires», muchos de estos peregrinos aprovechaban el viaje para aprender de los sabios de las poblaciones por las que pasaban en las diversas etapas de su camino. Algunos de los maestros más reputados les entregaban certificados de aprendizaje así como el correspondiente permiso (*ijâzah*) para que las enseñanzas adquiridas pudieran ser divulgadas por los nuevos discípulos en su tierra de origen o en otros lugares. Por esto muy a menudo el peregrinaje a La Meca se asocia a la idea de un «viaje en pos de la ciencia» (*rihlatu fi talabi al-‘ilmi*).

En los primeros siglos del islam, el impulso del saber se dirigía sobre todo hacia la búsqueda, la compilación canónica y la sistematización de los *hadices*, es decir, del conjunto de narraciones que recogen hechos atribuidos a Muhammad y a sus primeros compañeros. La recopilación escrita de las seis colecciones consideradas verídicas y reconocidas oficialmente acabó constituyendo la *Sunnah* o Tradición islámica, considerada como una interpretación auténtica y un complemento normativo del Corán.

Aprendiendo de los tradicionistas se trataban también otras disciplinas, de manera que los viajes originados por motivos religiosos acabaron siendo de una importancia capital para la difusión de la cultura. Estos contactos intelectuales generaron también otras mejoras, como el establecimiento de una completísima red de rutas marítimas y terrestres hacia la Península Arábiga desde todas partes del mundo islámico, el desarrollo de la cartografía, representada magistralmente en esta época por al-Idrîsî (1100-1166), que trabajó por encargo del normando Rugero II de Sicilia (Maqbul Ahmad, 1987), y el gran impulso que experimentó el comercio⁹. Uno de los más genuinos de dichos intelectuales-viajeros fue el oriental Abû Sa‘d al-Sam‘ânî (1113-1166), miembro de una familia de eruditos, que inició esta búsqueda de la ciencia a los veinte años y que a lo largo de tres viajes (1135-43; 1145-51 y 1154-57) pudo estudiar en los principales centros de enseñanza del momento, entre los cuales figura Jerusalén, entonces en manos de los cruzados. Entre otras obras y dos *Diccionarios Biográficos*, destaca su *Kitâb al-ansâb*, donde recoge alfabéticamente 5.348 topónimos de los territorios que visitó.

⁹ El hecho de peregrinar no sólo no está reñido con el ejercicio del comercio sino que el Profeta recomendó diversas veces aprovechar la ocasión.

5. LOS PRINCIPALES AUTORES DE *RIHLAH*

Respecto al peregrinaje, en el ámbito de las letras se creó un género literario específico, llamado *rihlah*¹⁰ o «relato de viaje» (y más concretamente «de peregrinaje»), mediante el cual algunos peregrinos consignaron por escrito sus experiencias¹¹. Este tipo de literatura constituye una riquísima fuente de información sobre los más diversos aspectos del mundo medieval. En los principales relatos de este género escritos en árabe¹² se pone de relieve no sólo el interés religioso que —al menos en teoría— constituyó el motivo más importante en el planteamiento y en el destino del viaje sino también el espíritu de aventura de sus autores, su coraje y su decisión. Las dotes literarias que reflejan las obras de *rihlah* que se han conservado¹³ son notables y las informaciones que proporcionan son mucho más completas que las que podría darnos una agencia de viajes actual antes de partir a tierras lejanas: itinerarios, distancias, clima, costumbres, antropología, historia, etnografía, gastronomía, lenguas, etc. Figuran también toda clase de anécdotas protagonizadas por sus autores.

El valenciano Ibn Jubayr, de familia originaria de Játiva y nacido en 1145, se considera el autor más representativo del género en cuestión. Salió de Granada el año 1183 en dirección a Ceuta, donde se embarcó en un bajel genovés que atracó en Cerdeña, Sicilia y Creta hasta llegar a Alejandría. De allí prosiguió por la ruta terrestre utilizada normalmente por los peregrinos occidentales, es decir, vía El Cairo, Qûs y ʿAydhâb, atravesó el mar Rojo, desembarcando en Jedda, y llegó a La Meca, donde permaneció cerca de nueve meses. Explica que emprendió la peregrinación para hacerse perdonar el hecho de haberse visto forzado a beber vino en una ocasión, pero la verdad es que de la lectura de su obra se desprende que viajar pasó a convertirse de devoción en afición: de vuelta de La Meca, penetró en el desierto de Arabia hasta Iraq, Mesopotamia y Siria, se embarcó en San Juan de Acre, de nuevo en un barco genovés, hacia Alandalús y cuatro años más tarde inició un segundo viaje (1189-91), al que siguió un tercero (1217) en el que llegó a Alejandría y se dedicó a la enseñanza, hasta que murió allí aquel mismo año.

Su *Rihlah* corresponde al primero de sus viajes (1183-85) y constituye una de las obras más logradas de este género. Muy novedosas y numerosas son las noti-

¹⁰ El término alude al acto de ensillar un camello y, por extensión, significa «viaje» o «periplo».

¹¹ Recientemente, dicho género ha inspirado la obra *Rihlat Ibn Fatûma* del Nobel egipcio Najib MAHFUZ (El Cairo 1983; traducción D. Johnson-Davies s.l.t. *The Journey of Ibn Fattouma*, Nueva York & Londres 1992).

¹² No considero aquí los escritos en persa, uno de cuyos máximos exponentes es el *Safarname* de Nasir-i Husraw (Balkh 1003-Badakhshân 1088), que atravesó el Asia Central para ir a Arabia y a Egipto, donde se hizo shií y propagandista de la rama ismailí. Se ha conservado un resumen de su magnífico relato que fue expurgado, probablemente, por algún sunní.

¹³ La primera obra de este género, hoy perdida, parece ser debida al cálamo de Abû Bakr Ibn al-ʿArabî, de Sevilla (1076-1148).





cias que da sobre las técnicas de navegación de su tiempo. En el barco de regreso, coincidió con más de 2.000 peregrinos cristianos que volvían de Tierra Santa. El grupo de musulmanes y el de cristianos se instalaron aparte, pero no parece que hubiera fricciones entre los fieles de uno y otro credo. Durante su estancia en Damasco (1183), fue testigo de la salida de las tropas de Saladino hacia Karak (la Kir Moab del Antiguo Testamento, hoy conocida por Crac de los Caballeros). Con acierto señala que esta fortaleza, por su situación geográfica a poco más de una jornada de Jerusalén y con el control que ejercía sobre la ruta terrestre que comunicaba Egipto con Palestina, constituía la pieza clave para la conquista de Jerusalén, capital entonces del reino latino que se había creado cuando la ciudad fue ocupada por los francos (1099) en la primera Cruzada. El triunfo del islam sobre los cruzados y el enorme botín que proporcionó la toma de la ciudad, en 1187, le brindó la ocasión de alabar la magnanimidad del sultán que: «dejó libremente en las manos de los musulmanes todo lo que habían cogido. Cada mano tomó lo que podía abarcar y se llenó de opulencia y de riqueza. El ejército borró los restos de estas regiones del país de los francos por las que pasó y los combatientes regresaron triunfantes y cargados de botín, incólumes con su presa, a su país y habiendo liberado gran número de cautivos musulmanes» (ed. Wright & de Goeje: 300). Interesante es también la valoración positiva que hizo del libre ejercicio del comercio en la zona a pesar de las continuas luchas entre musulmanes y francos. Escribe: «Los cristianos en sus territorios hacen pagar un impuesto a los musulmanes y disfrutan de seguridad extrema. También los mercaderes cristianos pagan por sus mercancías a los musulmanes en su territorio. Hay acuerdo entre ellos y armonía en todas las circunstancias. La gente de guerra hace la guerra y el pueblo permanece en paz» (ed. Wright & de Goeje: 287).

Muy positivamente calificó también el gobierno del normando Guillermo el Bueno de Sicilia, adonde fue a parar en 1184 a causa de una tempestad en el estrecho de Mesina. La tolerancia del rey cristiano hacia los naufragos y con los musulmanes que todavía quedaban en la isla es alabada con total naturalidad. Los autores posteriores imitaron el estilo vivo, elegante y nostálgico de Ibn Jubayr y copiaron sin vergüenza muchas de sus descripciones de ciudades y monumentos.

Aunque la gran fama de Ibn Sa'îd al-Magribî, nacido cerca de Granada en el año 1213 y muerto en Túnez el 1286, sea debida, sobre todo, a su labor de recopilador de poesía y a sus obras de historia y de geografía, también hay que mencionarlo por sus dos peregrinaciones, por el relato que hizo en el camino de vuelta de la segunda (*al-Nafha al-miskiyya fi l-rihlat al-makkiya* o *El perfume del almizcle en el viaje a La Meca*) y por otros viajes que le llevaron hasta Irán. Su obra geográfica fue muy aprovechada por el polígrafo al-Maqqarî (1591-1631) y el príncipe ayubbí, mecenas, historiador, geógrafo, matemático y combatiente contra los cruzados, Abû l-Fidâ (Damasco 1273-Hamâh 1331), en su corrección *Taqwîm al-buldân*, rectificó muchos de sus datos y señaló los errores que contenía.

Del jurista y hombre de letras ceutí Ibn Rushaid, nacido en el año 1259, sabemos que salió de Almería en el 1284 hacia Oriente y recorrió el norte de África, Siria y el Hijaz durante tres años. Todas las fuentes destacan su competencia en materia de *hadiz* y su vida modesta y austera, que finalizó en Fez, en 1321. Su

Rihlah se conserva manuscrita, fragmentaria e inédita en el monasterio de El Escorial¹⁴. En ella relata su paso por Túnez, El Cairo y Damasco. Más que de dar noticias geográficas o históricas de su viaje, se ocupa fundamentalmente de consignar las biografías de los letrados con los que aprendió y de incluir diversas citas poéticas.

Otra obra de este género es la *Rihlat al-magribiyya* de al-‘Abdarí, autor del que desconocemos incluso las fechas de nacimiento y muerte. Sin embargo, sabemos que vivía en Mogador cuando inició su viaje (1289). El interés principal de su relación radica, sobre todo, en las noticias que proporciona sobre la educación, la instrucción y la erudición de los musulmanes de su tiempo y constituye un excelente estado de la cuestión de los sabios del Magreb: qué y con quién estudiaban, cuáles de sus obras ya eran consideradas clásicas, qué tipo de producción poética era el más apreciado, etc. Aunque sus datos geográficos tienen un interés muy escaso, en la obra de Ibn Battûta se copió su descripción del faro de Alejandría.

Finalmente, una de las joyas de la literatura de viajes¹⁵ es la obra de Ibn Battûta, que ha sido calificado —y con razón— de *globe-trotter* medieval. Nacido en Tánger en 1304, desde los 21 años y a lo largo de otros 23 recorrió todo el mundo islámico de su tiempo. Su *rihlah*, titulada *Tuhfat al-nuzzâr* (*Regalo del observador*), es la mejor compilación de noticias en árabe sobre la India, el sudeste asiático y otros territorios asiáticos y africanos. Conoció desde Marruecos a China y desde el sur de Rusia hasta el Níger y parece que incluso vivió en países donde la religión musulmana no era la dominante. Tal como ha sido observado, las narraciones que da sobre estas zonas plantean algunos problemas porque cuando se encuentra fuera de las fronteras del islam, sus descripciones se vuelven mucho más vagas y confusas, de manera que los expertos han dudado de la veracidad de su estancia y de que las noticias que nos hace llegar sean de primera mano. Este es el caso de los fragmentos relativos al país de los *bulgâr* o a China, donde, muy probablemente, no llegó más allá de Cantón. Es cierto que Ibn Battûta afirma haber perdido sus notas de viaje y que en algunos pasajes queda claro que está reconstruyendo de memoria las aventuras y vivencias que le ocurrieron. En su periplo asiático siguió una ruta más meridional que la de Marco Polo (1254-1324) y, del mismo modo que el veneciano se sirvió de Rusticello de Pisa, este tangerino dictó, en el año 1356, sus memorias a un andalusí llamado Ibn Juzayy. El redactor, que había sido secretario de los que constituirían la última dinastía islámica de Granada, trabajó en la obra durante tres meses a instancias del sultán meriní de Fez, Abû ‘Inân, ordenó el material a su manera, reconstruyó imaginariamente algunos de los itinerarios (como los de la secuencia del paso de Ibn Battûta por Irán) e incorporó muchos fragmentos poéticos, advirtiendo, en estos casos, que los poemas interpolados eran de cosecha propia.

¹⁴ Son los manuscritos números 1680, 1735, 1736 y 1737 (autógrafos) y el 1739.

¹⁵ Otros autores de este género son al-Mâzinî (m. 1169); el *Târikh al-Mustansir* de Ibn al-Mujâwir, escrito hacia el año 1230, y las *Rihlah* de al-Nubâtî (m. 1239), de al-Tayyibî (m. 1299) y de al-Tijânî (m. 1308).

6. EL FUNDAMENTAL CARÁCTER RELIGIOSO DE LOS PEREGRINOS ISLÁMICOS

La finalidad primigenia del peregrino aparece continuamente a lo largo de su obra. La expresa intencionalidad religiosa de sus autores se pone de manifiesto de una manera muy especial en los párrafos que dedican a la descripción de los Lugares Santos del islam y en la devota minuciosidad con que relatan el conjunto de ceremonias llevadas a término durante el peregrinaje. En todas las obras de *rihlah* que conocemos, los pasajes relativos a La Meca y a Medina son los más elaborados y los descritos con más profusión de detalles. Se evidencia, además, la pretensión de redactar una guía de viaje que pueda ser útil a los peregrinos posteriores y la intención de animar a los musulmanes a cumplir con el quinto pilar del islam. Se trata, en definitiva, de una obra ¹⁶.

Pero la condición primordial de personas fieles al islam que caracteriza a los peregrinos medievales también es evidente en otras obras. Así se observa en la conducta de Abû Hâmid al-Garnâtî en el país de Bulgâr, del que escribe que: «cuando los días son largos, tienen veinte horas y las noches cuatro; en invierno, por el contrario, las noches son de veinte horas y los días de cuatro». Con esta desproporción entre luz y oscuridad, el cumplimiento del mes de *Ramadân*, que prohíbe que nada entre en el cuerpo de los creyentes mientras pueda distinguirse si un hilo es blanco o negro, resulta totalmente imposible durante el verano. En estas circunstancias, el peregrino de Granada se vio forzado a emitir un dictamen que le eximiera a él y a los musulmanes que residían allí, cuando este mes sagrado caía en verano. Su interés para que sus correligionarios cumplieran los preceptos del islam se hace patente también en su relación con los que encontró establecidos cerca de la ciudad de Kiev, «entre los cuales —dice— [re]establecí la oración pública de los viernes y les prediqué el correspondiente sermón (*khutbah*)».

Respecto a otro grupo de musulmanes, también descendientes de magrebíes, que estaban al servicio del rey de Hungría, explica que les adoctrinó sobre la peregrinación y la partición de herencias según la normativa coránica, además de enseñar el árabe a algunos y animarlos a su estudio. A veces, Abû Hâmid hace gala de un envidiable *savoir faire*, tal como puede observarse en la anécdota que protagonizó en la corte del rey cristiano de Hungría (reino en el que vivió tres años y que describe como mucho más importante, entonces, que el de Bizancio):

Cuando el rey supo que yo les había prohibido beber vino y les había permitido tener esclavas concubinas además de cuatro esposas legítimas, dijo: «Esto no es cosa razonable, porque el vino da fuerzas al corazón y, en cambio, la abundancia de mujeres debilita el cuerpo y la vista. La religión del islam no está de acuerdo con la razón». Le dije al traductor: «Dile al rey que la ley religiosa de los musulmanes no es como la de los cristianos. El cristiano bebe vino cuando come, en lugar de agua,

¹⁶ Todavía hoy siguen redactándose obras de este tipo y con esta misma intención.

sin emborracharse y esto aumenta sus fuerzas. Contrariamente, el musulmán que bebe vino no busca más que la embriaguez, pierde la razón, se vuelve loco, comete adulterio, mata, dice impiedades, no tiene nada bueno, entrega sus armas y su caballo y dilapida todo lo que tiene sólo para buscar placer. Como que los musulmanes aquí son tus soldados, si les ordenaras salir en campaña no tendrían caballo, ni armas, ni dinero porque lo habrían perdido todo con la bebida y tú, al saberlo, los tendrías que matar, golpear o expulsarlos, o bien darles caballos nuevos y armas, que también destrozarían de la misma manera. Respecto a las esclavas concubinas y a las mujeres legítimas, a los musulmanes les conviene la poligamia a causa del ardor de su temperamento y, además, como que constituyen tu ejército, cuantos más hijos tengan, más numerosos serán tus soldados». El rey concluyó: «Haced caso a este jeque, que es un hombre sensato». Se desentendió de los sacerdotes cristianos y permitió esclavas y concubinas a los musulmanes (ed. Dubler: 32-33).

7. LOS PEREGRINOS DE CEMENTERIOS: LAS OBRAS LLAMADAS DE *ZIYÂRÂT*

Es evidente que en los libros de viajes figuran referencias a poblaciones donde se encuentran tumbas de musulmanes que algunos fieles del islam veneran de una manera especial. La ciudad de Medina, donde está la del Profeta y otras de personas muy estimadas entre los shííes, como la de Fátima y las de diversos imanes, es un ejemplo muy significativo. Pero con el tiempo y para atraer visitantes, cada ciudad islámica de cierta importancia fue reivindicando el honor de poseer sepulturas de personas consideradas portadoras de baraca.

Así las cosas, a partir del siglo XII se desarrolló un género menor dedicado a consignar el listado de cementerios que guardan los despojos de personajes venerados y que solían y suelen ser visitados en fechas fijas por los devotos. Estas obras, llamadas de *ziyârât*, constituyen verdaderos manuales del peregrino y consignan con todo detalle la liturgia funeraria que se suele seguir. Destaca en este sentido la afición que existía y existe todavía en el mundo del shiísmo y uno de los ejemplos a citar aquí puede ser el de al-Harawî, nacido en Mosul y muerto en Alepo el año 1215. En las fuentes árabes coetáneas es mencionado como *al-zâhidu l-sâ'ih* o «el asceta vagabundo»: recorrió Palestina, Egipto, Sicilia y otros territorios cristianos y acompañó a Saladino (que le encomendó diversas misiones políticas) en algunas de sus campañas contra el reino cruzado de Jerusalén. En su *Kitâb al-ishârât ilâ mâ rifat al-ziyârât* (*Guía de los lugares de peregrinaje*) y en un intento de revivificación del islam anima a sus correligionarios a la visita de diversos mausoleos. Curiosamente, fue dejando *graffiti* en los lugares que visitó.

8. CREACIÓN Y DIFUSIÓN DE MITOS

Con tanto movimiento de personas y con la natural afición por conocer las características de las tierras nuevas y las curiosidades que podían contener, muy pronto comenzaron a circular toda clase de narraciones que acabaron generando los



más diversos mitos. Su naturaleza era de toda índole¹⁷ y un buen ejemplo de la credulidad de los receptores puede ser el de las distintas ubicaciones que se dieron (y se dan todavía) de algunas tumbas de musulmanes que han sido y son objeto de peregrinación. El mausoleo de ʿAlî, primo y yerno del Profeta y primer imán del shiísmo, es venerado en Najaf, donde se cree construido sobre las tumbas de Adán y de Noé, pero otros lo sitúan en la ciudad también hoy iraquí de Kufa, e incluso cerca de la tumba de su mujer Fátima, en Medina. Pero hay que añadir un cuarto lugar a partir de 1480, año en que se dijo haber hallado la sepultura auténtica en la población actualmente afgana de Mazar, nombre que significa «peregrinación» y al que se añadió en el siglo XIX el calificativo de Sharif («del noble», por antonomasia) al ser declarada genuina¹⁸.

Entre los muchos mitos surgidos a causa de las historias narradas oralmente o por escrito por los distintos viajeros que conocieron u oyeron hablar de maravillas de tierras lejanas, pienso que puede ser útil analizar ahora y aquí el distinto tratamiento que se dio a la noticia de un pájaro enorme, mencionado por primera vez en el *Mahâbhârata* pero que fue popularizado en las *Mil y Una Noches* y que aparece con el nombre de *rukhh* en los textos árabes. El primero en llamarle así fue el ya citado Abû Hâmid al-Garnâtî (Dubler, 1954) que remite su cita al zoólogo al-Jâhiz de Basora (m. 868), aunque el pasaje en cuestión no figura en la edición de su *Libro de los animales* de que disponemos¹⁹.

Las características que le atribuyen los diversos autores que hablan de él se pueden resumir en dos grupos. El primero alude a su gran peligrosidad, tal como se pone de manifiesto en el relato de las *Mil y Una Noches* (noches 404 y 405), en el cual unos marineros destruyen un huevo y una cría de esta ave y su madre persigue su barco echándoles grandes piedras. Lo mismo hay que decir de la descripción dada por Ibn Battûtâ que dice haber visto un ejemplar cuando navegaba por el Océano Índico:

Al amanecer apareció una montaña en el mar a unas veinte millas de nosotros. Los marineros, sorprendidos, decían: «No estamos de tierra ni hay noticia de ninguna montaña en este mar. Si el viento nos lleva hacia ella, somos hombres muertos». Los viajeros se refugiaron en el arrepentimiento y en las súplicas de clemencia a Dios, reiterando su contrición. Nos encomendamos al Señor, implorando y poniendo el Profeta como intercesor. Los mercaderes prometían substanciosas limosnas y yo las escribía. Calmado un poco el viento, al salir el sol, vimos que aquella montaña se elevaba y se podía ver la luz entre ella y el mar. Quedamos maravillados de todo esto. Vi llorar a los marineros y despedirse unos de otros. Les pregunté qué

¹⁷ Para los que circularon por/y sobre territorio andalusí, véase, por ejemplo, HERNÁNDEZ JUBERÍAS, 1996.

¹⁸ La tumba del primer almuédano del islam, Bilâl, también es reivindicada por más de una población.

¹⁹ *Kitâb al-hayawân*, ed. ʿAbd al-Salâm Muhammad HÂRÛN, 6 vols., El Cairo 1378/1958, tal como señala RAMOS, 1990, p. 73, n. 120.

pasaba y me dijeron: «Aquello que creíamos una montaña era el ruj y si nos ve nos matará». En aquel momento la distancia entre él y nosotros era de menos de diez millas, pero Dios —el Altísimo— nos envió un viento favorable que nos alejó de su rumbo y ya no le vimos más ni conocimos su verdadero aspecto. Dos meses después llegamos a Sumatra (ed. Defrémery & Sanguinetti, III: 101-102).

El segundo grupo de citas hace referencia a cómo algunos hombres se aprovechaban de su tamaño y de su fuerza. Éste es el caso de determinados buscadores de piedras preciosas que se valían de estas aves gigantes cuando las piedras en cuestión se encontraban en valles tan profundos que les resultaba imposible acceder a ellas. Así se explica en el *Tratado de Geografía* del andalusí al-Zuhrí, que escribió en la segunda mitad del siglo XII y cuya traducción medieval castellana (del siglo XV) dice:

toman los que quieren aver destas piedras cueros de animales e la carne dellos e échanlos en el foyo. E péganse a estos cueros e pedaços de carne con las dichas piedras e guardan allí dos o tres días fasta que entiendan que el cuero e la carne avrá ya apretado e travado en sí aquellas piedras en que açertó. E después desvíase de allí e desçenden las aves a tomar de aquella carne e de los cueros. E tómanlo e buelan con ello e súbenlo al monte e suben las dichas piedras con ello. E después van a buscar allý e fallan las dichas piedras que asý subieron con la carne (Bramon, 1991: 189).

La primera mención de este curioso método de obtención de gemas figura por primera vez en el *Libro de maravillas de la India* del ya mencionado Buzurg (LXXXI y Excursus D, p. 278), que sitúa el inaccesible valle en Cachemira. Una narración muy similar se incluye también en el ciclo de Sindbad, quien logró salir de una isla en la que había sido abandonado atándose a una pata de dicha ave que había ido allí y se había dormido después de incubar un huevo (*Las Mil y Una Noches*, noche 544). La noticia del aprovechamiento de enormes aves para coger piedras preciosas también llegó en época medieval a la cultura cristiana occidental. Así lo muestra un fragmento del texto del llamado *Atlas Catalán* (1375) del mallorquín Cresques Abraham quien, al tratar del sudeste asiático, sitúa esta ingeniosa práctica en los montes de Badakhshan («monts de Baldassià»), denominación que utiliza, probablemente, por asociación con los rubíes balajes, que tomaron su nombre de esta región: «Aquest[s] hòmens son alets a cullir diamants mas per tal como éls no poden pujar en los munts on son los diamants lancen e giten carns artifficiosament là on son las pedres, e las pedres peguent-se a las carns e giten-les d'aquell loch, puyas las pedres que tenen a las carns cahen als auçells, e així son atrobades» (hoja número VI)²⁰.

²⁰ «Estos hombres son elegidos para coger diamantes, pero como que no pueden subir a las montañas donde éstos se encuentran, echan astutamente pedazos de carne allí donde están las piedras preciosas, y éstas se pegan a los pedazos de carne y las arrancan de allí; después las piedras prendidas a los trozos de carne caen de las aves y así pueden ser cobradas».



Marco Polo, a su vez (*Il libro de Marco Polo...*, cap. CLII), habla de un sistema de recogida muy parecido que tiene lugar en el valle de Muftili, antiguo reino de Golkonda, en la India, pero explica que allí los pájaros encargados de este quehacer son águilas blancas. Más adelante, sin embargo, y en el pasaje en que describe Madagascar, recupera la noticia d'Abû Hâmid de Granada que hace referencia al gran tamaño y a la fuerza de este animal, que es capaz de levantar elefantes, y manifiesta sus dudas de que no se trate en realidad de un ave fabulosa conocida en Occidente y llamada grifo:

Diconmi certi [mercatanti que vino sono iti], che v'ha uccelli grifoni, e questi uccelli... pigliano lo leofante, e portalo suso nell'aire, e poscia il lasciano cadere, e quegli si isfà tutto, e poscia si pasce sopra lui. Ancora dicono, coloro che gli hanno veduti, che l'alie loro sono sí grande che cuoprono vientosi passi, e le penne sono lunghe dodici passi, e sono grosse como se conviene a quella lunghezza... Quegli di quella isola sí chiamano quello ucello *ruc*, ma per la grandezza sua noi crediamo que sia ucello grifone (*Il libro di Marco Polo...*, cap. CLXVII)²¹.

A pesar de la duda expresada por el veneciano sobre si es grifo o se trata del ruij, triunfó esta segunda hipótesis, tal como se muestra, por ejemplo, en la adaptación que figura en el ejemplar de *Il Milione* anotada por Colón, quien habla de él en el «Capítulo cuadragésimo. De las aves enormes que se llaman ruij». Sin embargo, la mezcla y variedad de fuentes que se refieren a ella debe ser, probablemente, el motivo de que en la traducción hecha (Sevilla, 1503) por el canónigo D. Rodrigo Fernández de Santaella reciban el nombre de *nichi* o de *nichas*²², sin que, por el momento, pueda explicar el porqué de esta nueva denominación.

Otra versión, judía, aparece en el libro de viajes de Benjamín de Tudela (c. 1130-c. 1175), donde también se usa un animal de grandes dimensiones para salvar a los naufragos. Según recoge en la narración de su viaje, en el Extremo Oriente, hay un mar helado que impide que las naves que van a parar a él puedan salir

mas algunas gentes aprendieron un ardid para escaparse de este mal lugar: toman consigo pellejos de grandes reses; si les viene dicho viento y los arroja al mar helado, uno toma el pellejo y se introduce en su interior [con] un cuchillo en su mano cosiendo el pellejo para que no entre el agua en él, y se arroja él mismo en medio del mar helado. Lo ve la gran águila llamada grifo y, suponiendo que es una bestia, la saca hacia tierra firme posándose con ella misma en un monte o valle para co-

²¹ «Me dicen algunos comerciantes que han ido allí que hay pájaros grifos y que estos pájaros cogen el elefante y se lo llevan por el aire y después lo dejan caer, así que se destroza, y luego se lo comen. Dicen también quienes los han visto, que sus alas son tan grandes que alcanzan veinte pasos y las plumas tienen doce y son tan gruesas como precisa su longitud. Los de la isla llaman ruij a dicho pájaro, pero por su tamaño creemos que se trata del pájaro grifo».

²² Vid. *Libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón y Libro de Marco Polo versión de Rodrigo de Santaella* (ed., introd. y notas de Juan Gil), Madrid 1987, pp. 158-159 y 260, respectivamente.

merla. Se apresura el hombre y la hiere con el cuchillo, matándola, sale del pellejo y camina hasta que arriba a un poblado. De esta manera se han salvado muchos hombres²³ (Magdalena, 1982: 113).

Abû Hâmid de Granada describió el ruj diciendo que su pico tenía la forma de la letra árabe *lâm-alify* ello hizo que el investigador Dubler (1954) creyera que el mito de este pájaro se había originado a partir de las manadas de albatros que sobrevolaban el Índico y el Pacífico, pero hace tiempo que se estableció que no se trataba de ningún mito y que no era una invención fabulosa sino una especie que existió realmente y que fue identificada por Juan Vernet (1953 y 1982) como un ave gigantesca cuya existencia está documentada hasta finales del siglo XVII en Madagascar. A partir de sus restos óseos los científicos le han dado el nombre de *Aepyornis maximus*.

Si he elegido este animal como prototipo de los muchos mitos que surgieron y circularon a través de los relatos de los viajeros ha sido por diversos motivos. En primer lugar, porque el enigma de un presunto pájaro fabuloso ha sido resuelto por un maestro muy querido, el doctor Vernet. También porque el tema ha sido tratado por mi colega y amiga María Arcas (Arcas, 2004) al mismo tiempo en que yo también lo hacía (Bramon, en prensa) sin que ambas tuviéramos noticia de nuestros respectivos trabajos²⁴. La doctora Arcas estudió el paso del árabe *rukhhk* al castellano «roc», «ruc» y «rocho» (finalmente «ruj») y rastreó la presencia del término en los diccionarios y en diversos autores desde la Edad Media hasta el contemporáneo Jorge Luis Borges (que lo considera una magnificación del águila, buitre o cóndor). Evidentemente, la autora acaba refiriéndose a la afortunada identificación de Vernet pero da un paso más, también muy afortunado: del nombre de este animal, hoy extinguido, deriva el de la hoya del Ros o Arró, que se halla al norte de las antiguas colonias púnicas de Villaricos y Herrerías, en la actual provincia de Almería. El hecho de que en dichos asentamientos se encontraran cascarones de huevos de avestruz, hizo que los andaluces, que desconocían la existencia de ambos pájaros los confundieran y dieran el nombre de «roc» a la hoya en cuestión. Dicho nombre, pronunciado a la andaluza, acabó transformándose en el topónimo actual.

²³ El término que figura en el texto hebreo según la edición crítica de Adler es el de grifo transcrito tal como suena al alefato. El manuscrito de Roma transcribe *giyriyfiweh*, que parece el italianismo *grifone*. Debo y agradezco esta aclaración a la amabilidad de R. Magdalena.

²⁴ He dejado las mismas noticias documentales que cité en su día para que se aprecie cómo dos investigadoras de formación muy similar pueden llegar a las mismas conclusiones aunque no coincidan todos los caminos.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABŪ HĀMĪD AL-GARNĀTĪ, «*Tuhfat al-albab wa-nukhbat al-‘ajab*», ed. G. FERRAND, *Journal Asiatique*, núm. CCVII (1925), pp. 1-148 y 193-304.
- *Tuhfat al-albab (El regalo de los espíritus)*, presentación, traducción y notas de Ana Ramos, Madrid, CSIC, 1990.
- *al-Mu‘rib ‘an ba‘d ‘ajā‘ib al-Magrib*, introducción, edición y traducción por I. BEJARANO, Madrid, CSIC, 1991.
- *al-Mu‘rib ‘an ba‘d ‘ajā‘ib al-Magrib* (folios 97-114), Ed. C.E. DUBLER, *Abu Hamid el Granadino y su relación de viaje por tierras euroasiáticas*, Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1953.
- ABŪ SA‘D AL-SAM‘ĀNĪ, *Kitāb al-ansāb*, Haydarābād/Deccan, ed. AL-MU‘AL-LIMĪ ET ALII, 1962-82, 13 vols. (Existen diversas ediciones parciales.)
- ARCAS CAMPOY, María, «El *rujī*, las avestruces y la arqueología en el sureste español», *Ciencias de la naturaleza en al-Andalus* (eds. E. GARCÍA SÁNCHEZ y C. ÁLVAREZ DE MORALES), Granada, CSIC, Escuela de Estudios Árabes, 2004, pp. 195-205.
- BALLESTÍN, Xavier, «Prosopografía dels *fujahā’* i *‘ulamā’* de la zona oriental del *Tagy al-‘lā: Balagā, Lārīda, Turtūsha*», *Estudios Onomástico-Biográficos de al-Andalus (Homenaje a J.M^a. Fórneas)* (i), pp. 55-119 y (ii), 7, pp. 489-532, Madrid, CSIC, 1994.
- BECKINGHAM, C.F., «The Rihla: fact or fiction?», *Golden Roads* (ed. Ian Richard NETTON), Richmond, Hardcover, pp. 86-94.
- BRAMON, Dolors, «¿Castores en el Ebro? A propósito de un texto de Yāqūt sobre los *sammūr* de Zaragoza», *Aragón en la Edad Media, Economía y Sociedad*, núm. 8 (1989), pp. 133-137.
- *El mundo en el siglo XII. Estudio de la versión castellana y del «Original» árabe de una geografía universal: «El tratado de al-Zuhrī»*, Sabadell, AUSA, 1991.
- (en prensa), «Arab-Islamic Travels and Travellers in the Middle Ages», *Medieval Travel Writing 1096-1492: An Introduction*, Frankfurt & Nueva York.
- BROCKELMANN, Carl, *Geschichte der Arabischen Litteratur. Supplementbände*, 3 vols., Leyden, 1937-1942.
- CHALMETA, Pedro y MARUGÁN, Marina, *Formulario notarial y judicial andalusí. Ibn al-‘Attār (m. 399/1009)*, Madrid, CSIC, 2000.
- DEFRÈMERY, C. y SANGUINETTI, B.R., *Voyages d’Ibn Battûta*, París, 1853-58 (réimpression: texte arabe accompagné d’une traduction par... préface et notes de Vincent Monteil, 4 vols. París, 1979).
- DUBLER, César Enrique, «El Extremo Oriente visto por los musulmanes anteriores a la invasión de los mongoles en el siglo XIII. La deformación del saber geográfico y etnológico en los cuentos orientales», *Homenaje a Millás-Valllicrosa*, 2 vols., Barcelona, CSIC, 1, 1954, pp. 465-519.
- DUNN, Ross, *The Adventures of Ibn Battuta: A Muslim Traveller of the 14th Century*, Berkeley, Londres, California UP, 1989.
- «International migrations of literate Muslims in the Later Middle Period: the case of Ibn Battuta», *Golden Roads* (ed. Ian Richard NETTON), Richmond, Hardcover, pp. 75-85.
- EICKELMAN, Dale F. y James PISCATORI (eds.), *Muslim Travellers: Pilgrimage, Migration and the Religious Imagination*, Londres, Routledge, 1990.



- EL ATLAS CATALÁN DE CRESQUES ABRAHAM. *Primera edición con su traducción al castellano en el sexto centenario de su realización. 1375-1975*, Barcelona, Diáfora, 1975.
- GABRIELLI, Francesco, *Viaggi e viaggiatori arabi*, Florencia, Sansoni, 1975.
- GIBB, Sir Hamilton, *The Travels of Ibn Battûta (1325-1354)*, translated with revisions and notes from de Arabic text edited by C. DeFrémery y B.R. Sanguinetti, 4 vols., Cambridge, Cambridge UP, 1958 (Reimpresión Wiesbaden, 1972.)
- AL-HARAWÍ AL-MAWSILÍ, *Kitâb al-ishârât ilâ mârîfat al-ziyârât (Guide des lieux de pèlerinage)*, édition et traduction de Janine Sourdél-Thomine, Damas, 1952-57.
- HERNÁNDEZ JUBERÍAS, Julia, *La península imaginaria. Mitos y leyendas sobre al-Andalus*, Madrid, CSIC, 1996.
- IBN JUBAYR, *Travels (Rihlah)*, ed. William Wright, 2nd ed. revised by Michael Jan de Goeje, Leiden-Londres, 1907.
- LITH, P.A. van (ed.), *Livre des merveilles de l'Inde* par le capitaine Bozorg fils de Chahriyâr de Râmhormoz. Texte publié d'après le manuscrit de M. Schefer collationé sur le manuscrit de Constantinople, traduction française par L. Marcel Devic, publication dédiée au sixième Congrès des orientalistes, Leiden, 1883-1886.
- MAQBUL, Sayyid Ahmad, «Cartography of al-Sharîf al-Idrîsî», *The History of Cartography. Vol. Two, Bk One: Cartography in the Traditional Islamic and South Asian Societies* (eds. J.B. HARLEY y D. WOODWARD), Chicago y Londres, 1987.
- NETTON, Ian Richard (ed.), *Golden Roads: Migration, Pilgrimage and Travel in Mediaeval and Modern Islam*, Richmond, Hardcover, 1993.
- «Basic structures and signs of alienation in the Rihla of Ibn Jubayr», *Golden Roads* (ed. Ian Richard NETTON), Richmond, Hardcover, pp. 57-74.
- POLO, Marco, *Il libro de Marco Polo detto Il Milione. Nella versione trecentesca dell'«ottimo». A cura di Daniele Ponchironi. Prefazione di Sergio Solmi*, Turín, Giulio Einaudi, 1977.
- AL QAZWÎNÎ, *al-Cazwini's Kosmographie. (Kitâb 'Ajâ'ib al-makhlûqât & Kitâb âthâr al-buldân)*, ed. F. WÜSTENFELD, Gotinga, 1848-1949 (Wiesbaden, 1967).
- TUDELA, Benjamín de, *Libro de viajes de Benjamín de Tudela*, versión castellana, introducción y notas por José Ramón Magdalena Nom de Déu, Barcelona, Ríopiedras ediciones, 1982.
- VERNET, Juan, «El Valle del Ebro como nexo entre Oriente y Occidente», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras*, núm. 23 (1950), pp. 249-286.
- «Rujj = Aepyornis maximus», *Tamuda. Revista de Investigaciones Marroquíes*, núm. 1 (1953), pp. 102-105.
- *El islam y Europa*, Barcelona, El Acantilado, 1982.

